

CAPÍTULO XVIII.

HISTORIA INDIA.—MISIONEROS JESUITAS.

190. LA tribu que recibió á Guillermo Penn de la manera amistosa que se acaba de describir, pertenecía á la familia de los Algonquines y se llamaban Lenni Lenapeses en su propia lengua, y en inglés Delawares. Segun sus tradiciones habian vivido muy léjos al Noroeste, y se habian unido á los Iroqueses para arrojar del valle del Misisipí á los fabricantes de baluartes. Vivieron por algun tiempo en paz en la fértil region que habian adquirido así; hasta que sus cazadores habiendo ascendido á los montes del Este, anunciaron que descendian de ellos grandes corrientes en un vasto lago de agua salada que habia abajo, y que regaban una tierra agradable y desocupada. Al oír esto, parte de los Lenapeses emigraron hácia el Este, y tomaron posesion de la region que atraviesan el Susquehanna, el Delaware, y el Potomac. Los que se quedaron en el Oeste se conocieron despues con el nombre de Iineses.

Poco ántes de su entrevista con Penn, habian sido vencidos los Delawares por sus primeros aliados, los Iroqueses, y habian sido reducidos á un estado tan impotente que sus vencedores los llamaban "*mujeres*." Pero ellos nunca habian reconocido á los Iroqueses por sus amos. El famoso Tamanend, el mas distinguido de sus guerreros y políticos, vivia todavía en este tiempo. Despues se conoció con el nombre de San Tammany, y algunas asociaciones han llevado este nombre.

191. Sucedian varios acontecimientos entre los Indios de América, miéntras que los Europeos planteaban sus colonias. El principal era la formacion de la confederacion Iroquesa por los años de 1539. Incluía cinco naciones, los Mohawks, Oneidas, Onondagas, Cayugas, y Sénecas. A estos se les unieron despues los Tuscaroras, y entónces se

les llamaba, "las Seis Naciones." Esta confederacion fué obra de un grande y sabio jefe, llamado Hiawatha. Los Indios lo miraban como al especial favorito del Grande Espíritu, y creían que habia sido llevado á los cielos en una canoa blanca como la nieve entre coros de música celestial.

El sitio original de las Cinco Naciones estaba en la parte central de Nueva York. Pero despues de una serie de brillantes conquistas hácia el fin del siglo décimo séptimo reclamaban todo el país desde el Sn. Lorenzo hasta la desembocadura del Ohio. Fué detenida por algun tiempo su victoriosa carrera por los Miamis y los Iineses, que con salvaje ferocidad bebían en los cráneos de sus despedazados jefes y devoraban los corazones todavía palpitanes de sus torturados guerreros. Pero al fin estos tambien fueron vencidos. Tal fué el éxito de los Iroqueses que hasta las tribus mas distantes se llenaban de terror al oír su nombre.

192. Ya hemos descrito los esfuerzos de Eliot para convertir los Indios de Massachusetts. Algun tiempo ántes, los misioneros Jesuitas habian principiado su trabajo entre las tribus del Norte y Oeste. Los Mohawks habian sido visitados en 1617, establecióse una mision entre los Hurones, fundóse una escuela y un convento en Quebec, y se desplegaron los estandartes de la Iglesia Católica Romana y los de Francia en varios puntos desde Maine hasta el lago Huron.

193. Dejando sin mencionar varios que perecieron de accidentes y fatigas en los desiertos, y otros que sufrieron el martirio en la guerra entre los Hurones y los Iroqueses, pasaremos á ocuparnos de Allouez. En 1665, exploró el país cerca del lago Superior, y descubrió las Rocas Pintadas en la playa del Sur, en donde la piedra arenosa, de 300 piés de altura, se ha gastado con el tiempo tomando las formas de enmohecidos muros y columnas truncadas, parecidas á una antigua ruina. Aquí enseñó á los Chippewas y Siuses y oyó hablar á estos del Misisipí, ó "gran río."

194. El próximo en emprender el trabajo fué Marquette, celoso misionero Jesuita. Despues de establecer la importante mision de Mackinaw, en el norte de Michigan [véase el mapa, p. 161], partió con Joliet, en 1673, á descubrir el Misisipí. Servíanse de dos canoas en donde llevaban la carne salada y el maíz. Los Indios que encontraban les aconsejaban que abandonasen el viaje, diciéndoles que no solo encontrarian naciones hostiles y calores intensos, sino monstruos y demonios que de seguro los destruirian. Los celosos Franceses, sin embargo, no se desanimaron. Al pasar por Green Bay, encontraron una aldea en donde habia estado ántes Allouez. La cruz que habia erigido estaba cargada de arcos y flechas, pieles y cinturones, colgados en ella como ofrendas al Grande Espíritu. Pronto llegaron á Wisconsin, y finalmente alcanzaron con el mayor gozo á descubrir el Misisipí. Al descender el rio trataron varias veces con los Indios, que los recibieron pacífica y amistosamente, aunque fieros y ya provistos de armas de los establecimientos Europeos. Despues de llegar á la desembocadura del Arkansas festejados por los indígenas en diferentes puntos con maíz machacado y carne de perro, volvieron en salvo á Green Bay.

El entusiasta Marquette emprendió poco despues otra expedicion, entre los Indios de Ilines, cuyo afecto se ganó con su bondad y amor. Mientras que navegaba á lo largo de la costa este del Lago Michigan, á su vuelta fué á tierra á ejecutar una ceremonia religiosa; esperáronlo sus compañeros largo tiempo; y al ir á buscarle encontraron que habia muerto durante sus oraciones. Enterráronlo cerca de la desembocadura de un arroyo que llamaron en conmemoracion suya el Marquette. Años despues de esto, cuando el Indio se encontraba agitado con violencia por las aguas borrascosas del lago, trataba de calmar la tempestad y apaciguar las olas invocando el nombre del piadoso Misionero.

195. Empeñó despues La Salle la exploracion del

Oeste, con una comision de Luis XIV, de Francia. Aunque poseia muy pocos medios, era La Salle hombre de extraordinario valor, fortaleza y carácter emprendedor. Partió con el Jesuita Hennepin, que escribió una relacion de sus descubrimientos, del fuerte Frontenac (véase el mapa, p. 160) en el primer bote de vela que habia cruzado el lago Ontario. Despues de perder su barco, hizo un largo viaje parte por tierra y parte en canoas, construyendo fuertes y plazas de comercio, y encontrándose con una variedad de románticas aventuras, al fin logró volver al Canadá. Una porcion de su partida, entre los que se hallaba Hennepin, llegaron al Misisipí, y dieron el nombre de Sn. Antonio á la cascada de la parte superior de aquel rio. En 1681, volvió á partir, y esta vez llegó el mismo hasta el Misisipí. Despues de navegarlo hasta el golfo de Méjico en 1682 y de tomar posesion del país para su rey, en honor del cual lo nombró Louisiana, volvió y cruzó el océano para ir á Francia á procurarse ayuda.

Allí le confiaron el mando de una expedicion que se alistó con el objeto de colonizar la Louisiana. Tratando de llegar al sitio de sus recientes descubrimientos por el Sur, no pudo encontrar el gran rio por el cual habia bajado anteriormente. Durante su tentativa, naufragó el barco de las provisiones y ya no hubo otra alternativa sino la de buscar por tierra el punto deseado. Unas veces leemos que estuvo en Tejas, otras que en el norte de Méjico. El ánimo de los suyos desmayó con tantas fatigas, y el mismo La Salle se volvió desabrido de genio y desanimado. "El escondido rio" no podia encontrarse en ninguna parte, y al fin resolvió atravesar el continente hasta el Canadá, en busca de él y si todavía no lo lograba, volver á Francia á alistar otra expedicion. Habia llegado á un brazo del rio Trinidad en Tejas, cuando fué asesinado por alguno de los suyos, incitados á cometer el crimen por la repeticion de tantos contratiempos. Muy pocos fueron los que sobrevivieron á las fatigas de este viaje al Canadá. Dejaron una

colonia en el Colorado; pero fué pronto destruida por los Españoles, que fundaron en esta conquista su derecho á la posesion de Tejas.

CAPÍTULO XIX.

NUEVA YORK, HASTA 1689.—GUERRA FRANCESA É IRO-
QUESA.

196. DURANTE tres años, Nichols, que tomó Nueva York á los Holandeses en 1664, ejerció el cargo de gobernador. Contentóse con sacar grandes sumas de dinero á los propietarios, sin hacer reformas de ninguna especie, ni conceder al pueblo mas libertad que aquella de que habian gozado hasta entónces. En 1667, reemplazó Lovelace á Nichols. Declaróse la guerra de allí á poco entre Inglaterra y Holanda. Esperaban un ataque las autoridades de Nueva York, y pusieron la ciudad en estado de defensa. Como se habia previsto, se aparecieron los Holandeses en el puerto; pero en vez de dar un asalto, sobornaron al oficial que mandaba el fuerte, y así obtuvieron sin oposicion la posesion de la ciudad y de toda la provincia.

197. Se restituyó la ciudad á los Ingleses, por un tratado que se hizo en 1674, é hicieron gobernador á Sir Edmund Andros, bajo una nueva carta que se acordó á Jaime, duque de York. Uno de sus primeros actos fué castigar al traidor que habia admitido á los Holandeses en la ciudad, rompiéndole la espada sobre la cabeza en frente de la casa del Ayuntamiento. Trató el nuevo gobernador de extender su autoridad sobre Connecticut y Nueva Jersey, pero fué vigorosamente resistido y no logró su intento ni en una ni en otra parte. Tambien, el pueblo de Nueva York, se quejó abiertamente de la usurpacion que le hacia de sus derechos y reclamaron tener voto en su propio gobierno. El Duque de York, cuyas

instrucciones habia seguido fielmente Andros, no sabiendo qué resolucion tomar, se dirigió á Guillermo Penn pidiéndole consejo. Este amigo de la libertad del pueblo le aconsejó que abandonase sus medidas arbitrarias; y sin mas dilaciones mandó llamar á Andros, y envió á Tomás Dongan por gobernador, con instrucciones de reconocer la autoridad de la Asamblea en 1683.

198. El acto mas importante de la administracion de Dongan fué la conclusion de un tratado con los Iroqueses. Preveyendo estos una invasion de parte de los Franceses, se reunieron los jefes de los Mohawks y otras tribus con los gobernadores de Nueva York y Virginia en Albany, y se prometieron mutua amistad. Estas prevenciones no eran demasiado prontas; porque De la Barre, gobernador del Canadá, invadió sus terrenos de caza en el próximo mes, en Agosto de 1684. Antes de encontrar á los Indios, postraron las enfermedades la mayor parte de sus soldados. Entónces, el astuto Frances buscó medios de hacer creer á los Iroqueses, que habia venido solamente para fumar la pipa de la paz. Aunque los Indios comprendieron el verdadero estado del caso, permitieron á sus enemigos partir, y los invasores volvieron al Canadá en medio del oprobio de su accion.

Fué De la Barre reemplazado por Denonville. Este procedió á establecer un fuerte en el Niágara, apesar de las representaciones del gobernador de Nueva York. En este tiempo (1686) fué cuando principió el conflicto sobre los derechos de los Franceses y los Ingleses, lo que fué despues causa de una guerra destructiva.

199. Recibió instrucciones el nuevo gobernador para que apresase tantos Indios como fuese posible y los mandase á Francia. En conformidad, atrajeron á un fuerte frances, con pretexto de un tratado que se iba á efectuar, cierto número de Iroqueses, y allí los hicieron prisioneros. Fueron enviados despues á Marsella y se les puso á trabajar en galeras. Reunióse inmediatamente un gran ejército de

de Indios para atacar á Montreal. Apaciguó Denonville su furor accediendo á sus demandas; y la guerra hubiera acabado probablemente si no hubiese sido por las maquinaciones de un jefe Huron. Temiendo que despues le atacasen las Cinco Naciones si hacia la paz, les hizo creer artificiosamente que los Franceses obraban con traicion, y que le habian propuesto á él mismo que los ayudase en su destruccion. Irritados en extremo, los Iroqueses no dilataron mas la invasion del Canadá en 1689. Cayeron de repente sobre Montreal, arrasaron la ciudad, mataron mil de sus habitantes, y desolaron una gran parte del Canadá. Desesperados los Franceses hicieron volar los fuertes de Frontenac y Niágara. Ya se les habia acabado casi toda la pólvora y no les quedaba una sola ciudad en su posesion entre el Sn. Lorenzo y Mackinaw.

♦♦♦

CAPÍTULO XX.

NUEVA INGLATERRA BAJO EL GOBIERNO DE ANDROS Y PHIPPS.

200. CUANDO el duque de York subió al trono de Inglaterra con el título de Jaime II, en 1685, revocó las cartas de las colonias del Norte y nombró á Sir Edmund Andros gobernador de toda la Nueva Inglaterra. Acordándose Andros de cómo habia sido tratado pocos años ántes en Nueva York, determinó cumplir al pié de la letra los principios de su despótico amo. Se le negaron al pueblo todos los derechos de que habia gozado hasta allí y se aumentaron inconsideradamente sus contribuciones. Establecióse la Iglesia Anglicana contra su voluntad, y prohibiéronse las reuniones públicas excepto cuando eran ordenadas por las autoridades de la ciudad.

201. Despues de disolver la Asamblea de Rhode Island, pasó Andros á Connecticut y pidió la entrega de la carta. Amonestóle el gobernador Treat, pero fué en vano. La Asamblea que estaba en sesion en Hartford, entró en un acalorado debate sobre la materia, que se prolongó hasta la noche; estrechábase la multitud del pueblo entrando en la sala á oír la discusion y á echar una mirada por la última vez sobre el precioso pergamino que estaba abierto sobre una mesa. Apagaron de repente las luces, y cuando volvieron á encenderse no pudo encontrarse mas la carta. Un patriota llamado Wadsworth se habia escapado con ella por entre la multitud y la ocultó en el hueco de una gigantesca encina. En conmemoracion de lo árbol, la Encina de la cual llamóse este Carta, y se preservó cuidadosamente hasta que fué derribado por una violenta tempestad en el año 1856. Aunque se salvó de este modo la escritura en que se fundaban sus libertades, se apoderó Andros del gobierno. Su primer acto despues fué quitar la autoridad de Dongan en Nueva York. Así fué que en 1688, todas las posesiones inglesas al Norte de Pensilvania estaban unidas bajo un gobierno despótico.

Este estado de cosas, sin embargo, no duró mucho. Llegaron noticias á Boston, en la primavera de 1689, en donde Andros habia fijado su residencia, de que ya no era rey Jaime II, y que le habia sucedido en el trono Guillermo de Orange. Y el pueblo se rebeló inmediata y abierta-



LA ENCINA DE LA CARTA.

mente. Reinstalaron sus primeros magistrados, arrestaron á Andros y le enviaron á Inglaterra para que se le formase causa. Eligieron representantes, y se votó que se reasumiesen los derechos de que habian gozado anteriormente. Las demas colonias procedieron del mismo modo y en Connecticut, se sacó, intacto, el venerado pergamino del hueco de la encina.

202. Pasó el pueblo de Massachusetts los dos años que siguieron tratando de obtener una carta de Guillermo III. Al fin lo consiguieron, aunque el documento era de un carácter enteramente diferente de lo que habian esperado. Se habian quitado muchos de sus privilegios, entre los cuales la eleccion de empleados públicos, que desde aquí en adelante debian ser nombrados por el gobernador ó la corona. Se extendieron los límites de la colonia hasta el Sn. Lorenzo, añadiéndose así una frontera expuesta, que costó mucho para su defensa. Para reconciliar al pueblo y que admitiese contento estos cambios, se nombró gobernador de Massachusetts á un natural de Nueva Inglaterra, Sir William Phipps. Habia este adquirido una gran fortuna, logrando sacar del mar joyas, plata, y mucho tesoro perteneciente á un navío español que habia hecho naufragio; pero siendo ignorante y fanático hizo muy poco por el adelanto de la colonia.

CAPÍTULO XXI.

GUERRA DEL REY GUILLERMO.

203. HABIA existido desde hacia largo tiempo una mutua envidia entre los Franceses é Ingleses de América. Los primeros eran inferiores á los últimos en número y fuerza, principalmente despues de su desastrosa guerra con los Iroqueses. Pero todavía les quedaban algunos puestos

fuertes, y reclamaban un vasto territorio, que incluia Nueva Escocia, Terranova, Labrador, la bahía de Hudson, Canadá, el valle del Misisipí, y Tejas. Su título á la posesion de este vasto territorio consistia en las exploraciones hechas por los Jesuitas franceses, que habian llevado las armas de Francia á varias partes del desierto, y adquirieron grande influencia con las tribus indígenas.

204. En 1689, estando todavía ignorantes en Francia del incendio de Montreal, declaró formalmente el gobierno Frances la guerra á la Inglaterra. Hicieron gobernador del Canadá al Conde Frontenac, con instrucciones de proteger las instituciones francesas, de destruir los establecimientos ingleses en la bahía del Hudson y hacer una invasion en Nueva York en union de una escuadra francesa. Al llegar al Sn. Lorenzo supo las pérdidas de sus compatriotas, y halló que tenia que cambiar sus planes; y envió comisionados á incitar las tribus aliadas con Francia á desenterrar el tomahawk contra los Ingleses. Los primeros en comenzar las hostilidades fueron los Abenakis, una rama de los Leni Lenapees, que vivian en Maine [véase mapa, p. 12]. Habian sido tratados con traicion por los colonos ingleses trece años ántes y se aprovecharon con gozo de esta ocasion de venganza.

Enviaron dos de sus squaws á la casa de un anciano magistrado inglés llamado Waldron, las cuales quejándose de la fatiga lograron permiso para hospedarse allí durante la noche. Levantáronse despues que la familia se habia retirado y abrieron las puertas á sus confederados. Colocaron los salvajes á Mr. Waldron en una silla en su propia mesa y le mandaron que "juzgase Indios" ahora, como lo habia hecho ántes. Varios de ellos le debian dinero por mercederías; y sacando cada uno su cuchillo, con inhumana barbarie le cruzaban el pecho, gritando á su turno, "Así saldo mi cuenta." Desmayado al fin por la falta de sangre, cayó en tierra el desgraciado. Despues de quemar su casa y otras de la vecindad, volvieron los Indios á sus

aldeas con 29 cautivos. Así atacaron los demás establecimientos ingleses en el Penobscot y Sn. Juan, y en poco tiempo recobraron los Abenakis todos sus primeros terrenos de caza.

205. Resolvió entónces Frontenac dar un golpe atrevido, con la esperanza de inspirar á los Iroqueses, los antiguos enemigos de su nacion, respeto por el poder frances, y ganarlos á su partido contra los Ingleses. Siguiendo su plan alistó, en 1690, un cuerpo de Franceses é Indios para atacar la frontera de Nueva York. En una rápida marcha de veinte y dos dias se presentó en la vecindad de Schenectady. Entraron, cerca de las once de la noche, por una de las puertas de la palizada que rodeaba la poblacion, y encontraron á todos los habitantes durmiendo, hasta el mismo centinela. Alzóse el terrible grito de guerra de los Indios y se prosiguió la carnicería durante dos horas. Enteramente sorprendidos los colonos apénas hicieron resistencia. Algunos fueron matados en sus camas; otros se ocultaban hasta que las llamas los arrojaban fuera en donde los esperaban los tomahawks de sus enemigos; unos pocos escaparon medio desnudos á los bosques con la esperanza de llegar á Albany, pero ó se perdieron en la nieve ó bien pasaron increíbles trabajos. Al anochecer habia cuarenta casas bien edificadas en esta próspera aldea; en la mañana siguiente apénas existia una en pié. Murieron sesenta de sus habitantes.

206. Al fin, el peligro hizo poner en accion á los Ingleses; y en 1690 propusieron en Massachusetts, que enviasen delegados de todas las colonias hasta Mariland por el lado del Sur, y se reuniesen en Nueva York. Resolvieron estos aprestar dos expediciones para la conquista del Canadá: una fuerza que invadiese por tierra por el lado del lago Champlain, y una flota que operase contra Quebec. Dióse el mando de esta á Sir William Phipps. Tomó este á Port Royal, y despues subió el rio sosegadamente; pero entretanto Frontenac habia recibido inteligencia de su aproxi-

macion por un correo indio. Por consiguiente, cuando llegó Phipps delante de Quebec, la encontró preparada para el ataque. Su intimacion de rendirse fué tratada con desprecio; y como la fuerza que debia acometer por tierra no habia llegado, volvió á embarcar sus tropas, y sin dar el asalto se volvió á dar á la vela para la colonia. Violentas tempestades destrozaron sus naves; y cuando volvió á Boston se halló que lo único que se habia ganado con la expedicion era un tesoro exhausto.

207. La guerra del Rey Guillermo continuó desolando las colonias hasta la paz de Ryswick, en 1697. Los últimos movimientos de los Franceses se dirigieron principalmente contra los Iroqueses que todavía permanecian fieles á los Ingleses. Invadió Frontenac su país varias veces, quemó sus cosechas, destruyó sus castillos, y tomó muchos prisioneros que eran atormentados cruelmente por los "Indios Cristianos" que estaban á su servicio. Estos hacian invasiones de tiempo en tiempo en los establecimientos fronterizos de los Ingleses. En una de estas se encuentra un rasgo de heroicidad muy extraordinario en una débil mujer.

En Marzo de 1697, atacó una partida de Indios una casa en Haverhill, Mass. [véase mapa, p. 86]. Su dueño, Mr. Dustin, estaba trabajando en un campo vecino, y ántes que pudiera llegar á su casa habian arrastrado los Indios á su esposa enferma fuera de su cama y estrellado los sesos de su niño recién nacido. Mr. Dustin procuró defender sus siete niños restantes, haciéndolos huir á los bosques miéntras que mantenía á los Indios á cierta distancia con su fusil. La partida que habia tomado á Mrs. Dustin, la hizo caminar á ella y su enfermera, casi rendidas de cansancio y frio, varias millas mas allá de Concord, Nueva Hampshire. Aquí pararon por algun tiempo; pero oyendo Mrs. Dustin que la iban á conducir á una aldea distante, resolvió escaparse ó morir. Habia en la familia del que la apresó, un muchacho que habia sido prisionero por un

año. Este muchacho, cumpliendo con sus instancias, preguntó á su amo cuál era el mejor modo de dar un golpe que causase una pronta muerte. El Indio dió sin dificultad la informacion que se deseaba, y tambien le enseñó como se quitaba la piel que cubre la cabeza con la cabellera. Comunicó estas instrucciones á Mrs. Dustin, quien poco ántes de amanecer despertó silenciosamente al muchacho y á la enfermera y les instruyó en lo que debian hacer. El trabajo fué prontamente ejecutado. Diez Indios dormidos fueron muertos, escapóse una mujer y se perdonó á un niño. Despues de quitar las cabelleras de los salvajes, de modo que pudiera probar la verdad del hecho á su vuelta, armóse Mrs. Dustin de un fusil y un tomahawk, y emprendió la marcha para el Merrimack con sus compañeros. Habiendo encontrado una canoa, descendieron el rio y pronto se encontraron entre sus amigos que los habian llorado por muertos.

CAPÍTULO XXII.

HECHICERÍAS EN NUEVA INGLATERRA.

208. EN 1692, durante la guerra del Rey Guillermo, sufrió la Nueva Inglaterra un extraño error, que tuvo su origen en algunos supersticiosos ministros y magistrados. Algunos de los niños de Mr. Parris, que se habia establecido cerca de la iglesia de Salem (ahora Danvers), Mass., estaban sujetos á una enfermedad que los afectaba singularmente, creyó su padre que estaban hechizados, y azotó á una criada india hasta que confesó que era bruja, y habia causado la enfermedad de los niños. Tomó el caso á su cuidado Cotton Mather, un ministro protestante excéntrico, pero influente, excitando esto en extremo á toda la colonia. Se principiaron á formar causas públicamente y erigióse una horca

en una de las extremidades de la ciudad, para ejecutar á los culpados. En Junio se juzgó la causa sobre hechicería de una pobre y desamparada vieja. Fué convicta por la declaracion que prestaron contra ella sus vecinos, que la acusaron de ser la causa de varios infortunios que les habian sucedido, por lo cual fué ahorcada sin dilacion. Se creian ciegamente los cuentos mas disparatados. Mather mismo nos dice que la vieja, con solo mirar al espacioso edificio donde se tenian las reuniones religiosas en Salem, hizo que un invisible demonio derribase una parte de aquel.

209. En la próxima sesion de la corte fueron convictas cinco mujeres, "todas de una vida sin tacha;" y todas ellas, con otras cinco personas que se hallaron despues culpables, fueron ahorcadas. El empleado público á quien se habia dado la órden de prenderlas rehusó ayudar en lo que el creia un asesinato, por lo cual el mismo fué arrestado y ejecutado. Aumentóse la excitacion de una manera frenética. Habia gentes que se imaginaban verdaderamente estar hechizados, y daban testimonio hasta contra sus parientes y amigos. El testimonio que no se hubiera admitido en otros casos, se recibia ahora y se obraba en conformidad. Se admitian como testigos á imbéciles fanáticos, á niños, y aun aquellos que se sabia que habian cometido el perjurio. Cuando otros medios faltaban, se ponía á los acusados en el tormento hasta que confesaban ellos mismos ser culpables. Influyeron tanto en una jóven, que llegó hasta declarar contra su abuelo, pero despues se retractó de lo que habia dicho. Aunque los jueces admitieron su declaracion, no quisieron admitir su retractacion, y enviaron á la horca al anciano.

Entre los que ahorcaron en Agosto, estaba un ministro llamado Burroughs, que habia denunciado los procedimientos de Mather y sus asociados, y declaró que la hechicería no existía. Hizo un discurso en el patíbulo y dijo en alta voz el Padre Nuestro con tal fervor que hizo llorar á los espectadores. A este punto apareció Mather á caballo